Del alba al lucir la estrella
Se abrazan, míranse, parten
Y hasta perderse de vista,
Hablando por señas vanse.
Las tapias salta ligero
El mancebo, y sin curarse
De peligros que desprecia,
Monta en su potro arrogante.
Gruesa lanza de dos hierros
Segura en la cuja trae,
Y del tahalí pendiente
Derecha espada cortante.
Roja cruz luce en su yelmo,
Y de la cimera caen
En varios giros, seis plumas
Cual la nieve de los Alpes.
—«Adiós, Zelindaja bella,
Presto podré bautizarte.»
(Iba diciendo á sus solas)
Y serás mi esposa»—«Dáte!...
«Dáte á prisión, nazareno,
O perecerás!»—«Aparte,
Perros, que lo que decís,
No es tan fácil realizarle;
Y si os empeñais en ello,
Sabreis quien soy.»—«Ya se sabe
Que eres Fajardo el de Murcia,
Y venimos á llevarte.»—
Dijeron, cuando il guerrero
Les embistió, semejante
Al rayo que inflama el éter
Y cuanto encuentra deshace.
Rota su lanza en los choques
De dos que en la tierra yacen,
Por la espada apela, y cierra
Con los que tiene delante.
Mas al son de las bocinas
Que los dos á la vez tañen,
Nuevo tropel de agarenos
Se presenta en el combate.
Cada vez que el bravo joven
Alza la diestra incansable,
Descarga un golpe de muerte,
Y un cuerpo, sin vida cae:
Pero tambien de sus vasos
La noble púrpura sale,
Y ya las hercúleas fuerzas
Van empezando á faltarle:
Cuando tres nuevos guerreros
Ve de improviso lanzarse
Sobre la turba, vibrando
Sus cimitarras cortantes.
Al choque de los aceros
Retumba el vecino valle,
Y en chispas al aire vuelan
Metéoros de fuego y sangre.
Ninguno cede ni huye,
Un ¡ay! no se escapa á nadie;
Quien, con su contrario cierra,
O muere, ó pasa adelante.
Ya de los asaltadores
Uno solo hay de combate,
Herido, en pié, sobre un grupo
De hombres muertos ó espirantes.
De sus caballos desmontan
Los cuatro para acercarse
Y suben con pasos prestos
Aquel muro de cadáveres.
—«Ríndete, Fajardo, gritan.»—
—«¿Sólo yo seré el cobarde?»—
Dijo el moro,—Ven; cristiano,
Toma otra prenda de Azarques,
Y alzando el acero corvo,
Tan terrible golpe dále
Que á no ser el yelmo fino
Le hiciera el cráneo en dos partes.
Bamboléase el guerrero;
Mas volviendo en sí al instante,
Cual pino que el viento dobla
Y torna súbito á alzarse,
Acometióle de cerca,
Y diciendo—«¡Alá te ampare!»—
Quitó de un revés al cuerpo
La cabeza y el turbante.
De los tres aparecidos,
Aquel de mejor talante,
Levantóse la visera,
Y el rostro mostrando afable,
Dijo—«Fajardo el de Murcia,
Cerca de aquí me salvaste,
Cuando á Zoraida cautiva
Condujeran tus infantes.
Y yo, á tu nobleza atento,
Sabiendo que el fiero Azarques
Que siempre, sin ser querido,
Fué de Zelindaja amante:
Ardiendo en celos rabiosos
Procuraba muerte darte;
Vine como caballero
A rendirte el homenaje

Que hice de servirte en todo
Lo que á la pátria no dañe.
Tarde llegué, mas no tanto
Que fuese á tu vida tarde.
Do enemigos te persigan
O necesidad te asalte,
Que yo soy Aben-Zulema
Y vivo en Granada sabe:
Ven á vendar tus heridas
A un ADUAR poco distante,
Donde estar podrás seguro
Hasta que sano te halles.»—
—«No son tan hondas, amigo,
Que me impidan á que marche,
Y pues como caballero,
Sabrás secreto guardarme;
Sirve á Zelindaja, y díla
Si la vieres... no la hables.
Seamos amigos por siempre,
Noble Gazul y Aben-Zayde;
Tal vez volvamos á vernos,
Y hasta entonce, Alá te guarde,
Valeroso Aben-Zulema»—
—«Nazareno, Dios te salve.»—
Abrázanse, y montan luego
Sus corceles arrogantes:
Él vá en vuelta de Coin,
Y ellos á Granada parten.

ESPECULACIÓN MODERNA.

Lucio entre los figurines
Es el jóven más apuesto,
Tan medido en sus acciones
Como agradable de genio:
Toca la flauta al primor
Y alguno que otro instrumento,
Y en fin, con sus buenas dotes
De todos gana el aprecio;
Pero tiene una extrañeza,
Y es, que nunca fuerza ha hecho
Por acercarse á una hermosa
Para decirla un requiebro.
Cuando con viejas y feas
Que parecen esqueletos
Enreda la pita, entónces
Está Lucio en su elemento.
Preguntéle una ocasion
La causa de tal efecto,
Y él me contestó—«El motivo
Es bien fácil conocerlo:
A mí, como á cada cual,
Me gusta tambien lo bueno;
Mas á la vez que una esposa,
Busco mujer, y dinero:
Despues que halle lo que he dicho
Verás como me manejo:»—
No es hoy el único Lucio
Que especula en casamientos.

EL JAQUETÓN.

Érase el guajiro Alberto
El mozo más arrogante
Que ha recorrido los montes
Desde la Mocha á Tapaste:
Su machete (segun él)
Era el más fino y cortante
Que ha entrado en vaina de cuero
O haya manejado un jaque.
Era el coco de los mozos,
El factotum de los bailes,
El temido de los jueces,
De las bellas el amante.
Todos contaban de Alberto
Mil hazañas singulares;
Mas nunca se vió que hubiese
Reñido solo con nadie.
Cierta ocasion que Narciso
Mayoral del Aguacate,
Entonaba al son del tiple
A Celinda sus cantares,
Trozóle Alberto las cuerdas
Con un cuchillo cortante:
Aquel alzándose al punto
Le dijo—«Te la encontraste.»—

Y se lo deshizo encima
Dejándolo tinto en sangre:
Despues montó en su rocillo
Y gritó—«Voy á esperarte.»—
Todos creyeron que Alberto
Tambien al punto montase;
Pero, ¡Dios lo libre! estuvo
Seis horas sin menearse.
Al cabo de cuyo tiempo
Dijo—«Agradezca el tunante
Que tengo padre y familia
Y quiero mucho á mi madre;
Que sinó... yo le diría
Lo que merece un infame:
Prudencia he tenido, y no
Lo maté... porque... Dios sabe».—
Y yo digo: «Dios nos libre
De guapos que mucho hablen
Para escudarse despues
Con disculpas de cobardes.»

UN AÑO Y UN DÍA.

MORISCO.

1.º

En torva noche lluviosa
Del Diciembre oscura y fría,
Sobre arrogantes corceles
Ligeros como la brisa,
Blandiendo potentes lanzas,
Del Guadalquivir á orillas
Dos apuestos caballeros
Con presta marcha caminan.
Bajo los verdes gabanes
Que el Bóreas furioso agita,
De las cortantes espadas
Aureos puños se divisan.
Rojos turbantes los cubren,
Cuyas tocas amarillas,
A la vez que el rostro adornan,
El casco de acero afirman.
Departiendo van los dos
En buena paz y armonía,
Sobre las civiles guerras
De Leon y de Castilla.
—«No temáis que os falte nada,
Mientras Almenón exista.»—
El más vivaracho y jóven
Al otro adalid decía:
Este como aquel que lleva
La mente en cosa distinta,
Distraido suspiraba,
Y rara vez respondía.
A la voz de: «alto Abenzaide»
Que un cercano árabe grita,
Tienen las doradas riendas
Mientras aquel se aproxima.
—«Mil años os guarde Alá»—
—«Él venga en tu compañía»—
Y llegando junto á ellos
Les habla de aquesta guisa:
—«Alfonso, rey de Leon,
El que hoy en Toledo habitas,
Zaida, mi infanta y señora,
A noticiarte me envía:
Que si de veras la amas
No pongas el pié en Sevilla,
Porque Benabet juró
Tres veces en la mezquita,
Que si te prende en su tierra,
Para lo cual tiene espías,
Te manda ciego á la córte
De Don Sancho de Castilla.»—
El príncipe de Toledo
Que con Alfonso venía,
Alzó entónces su visera
Y ardiendo en rabiosa ira
Dijo—«Vuelve y dile á Zaida,
Que en aquesta noche misma
Hablará Alfonso con ella:
Y si alguno con su vida

Tan disgustado se halla
Que quiera perderla aprisa,
Venga á buscar el descanso,
Y encontrará con dos picas,
Dos potros árabes fuertes,
Dos espadas damasquinas,
Y dos amigos leales
Que de corazón se estiman:
Con los cuales basta y sobra
Para llegar, verla, oirla,
Degollar á Benabet
Y darle fuego á Sevilla.»—
Marchóse al punto el esclavo,
Y ellos, sin volver las bridas
Embrazaron las adargas,
Reconocieron sus picas,
Requirieron las tizonas,
Y, con heróica osadía,
Del claro Guadalquivir
Prosiguieron por la orilla.

2.º

En los jardines que adornan
De Sevilla el régio alcázar,
Entre dos filas de almendros
Que entretegiendo sus ramas,
Y ostentando en sus racimos
Corazones de oro y grana,
Forman estrellas las flores,
En bóvedas de esmeralda;
Hablando está un caballero
Con una vírgen de Arabia,
Y por no ser sorprendido
Desnuda tiene la espada.
Otro montado guerrero
Con una cuerda delgada,
Cuyos dos extremos tienen
Para hablarse sin palabras:
Con un corcel por la brida
Fuera del jardin le aguarda,
Una pica empuña, y otra
Está en el muro apoyada.
Más de cien armados moros
Con sigilo se adelantan,
Y doblados hasta el suelo
Para no ser vistos, andan.
Seguro cuentan el triunfo,
Mas ¡vive Dios! que se engañan
Porque han de correr primero
Rios de sangre africana.
Y aunque en almeleques grises
Ocultas llevan las armas,
Sus ojos de lince han visto
Brillar una cimitarra.
Tira tres veces la cuerda;
El de los jardines salta,
Y se escuchan estas frases:
-«Adios Alfonso...»-«Adios Zaida.»-
Ya sube al muro, y ligero
Al suelo rápido baja,
Monta el indómito bruto,
Y empuña la fuerte lanza.
Los moros apercibidos
Sus alfanges desenvainan...
—«O las armas, ó las vidas»—
El gefe dice y avanzan.
Como torrente impetuoso
Que rompe el dique, y sus aguas
Las florecientes campiñas
Destrozan yerman y talan;
Así los dos adalides
Cuantos encuentran atacan,
Sin que resistirle puedan
Las cotas, petos, ni adargas.
Mas cual cilíndrico muelle,
Que al primer impulso amaina,
Y al mismo cuerpo impulsivo
Volviendo á su estado lanza:
Así los moros, repuestos
Con tal ímpetu les cargan,
Que ellos la sangre vertida,
Tambien con su sangre pagan.
Caballos y caballeros
Con cien heridas se hallan;
Pero entónces son más fuertes
Los golpes de sus espadas.
Auxilio piden los moros,
No hay de salvarse esperanza,
Porque en las mezquitas tocan
A rebato las campanas.
Para designar el punto
Una gran pira levantan,
Y el Capitan advertido
Que la pongan fuego manda.
Ya acude toda Sevilla
Con tumultuosa algarada,
Y el campo es un monte espeso
De picas y cimitarras.

—«Vamos á morir, Alfonso;
Mas conozca esta canalla,
Dice el Príncipe, que deben
Comprar nuestras vidas caras.»—
—«No morireis, caballeros,»—
Dijo una voz castellana.
A este inesperado grito
Volvieron ambos la cara,
Y vieron á un campeon
Sobre una acanea blanca,
De sin igual apostura,
Con dos hierros en su lanza.
Al enfrentar con la hoguera
Reverberaron las llamas
En el espejo bruñido
De sus refulgentes armas.
Hasta seis más le seguian,
Que el terror y muerte airada
Volaban cien palmos siempre
Delante de sus espadas.
Despavoridos los moros
El combate desamparan;
Y con los siete adalides
Alfonso y su amigo marchan.
—«Con qué podré, caballeros,
Pagaros aquesta gracia?»—
Dijo Alfonso, y contestóle
El de la cándida alfana:
—«Con qué un guante me entre-
Y empeñarme la palabra [gueis
De no salir de Toledo
Hasta que os avise Zaida.»—
—«¿Y podré saber quien sois?»—
—«Cuando Zaida esté casada
Con Alfonso»—«¡Ella conmigo..!»—
—«Sí, con vos: será cristiana.»—
Vendadas ya sus heridas,
Mudan bestias, y se apartan,
Los unos para Toledo,
Los otros para Granada.

3.º

Bajo un purpurino dosel,
De oro y perlas adornado
Y tantas piedras preciosas
Que deslumbra al contemplarlo;
Almenón Rey dey de Toledo
Está en su silla sentado;
Descansa los piés el moro
En cojines de damasco;
Brillante corona ciñe,
Y adornan su régio manto
De seda azul de atanjia,
Margaritas y topacios.
En otras dos sillas hay
Dos caballeros sentados;
El de la siniestra es
Su hijo, el príncipe africano,
Y el que la derecha ocupa.
Es Alfonso el destronado
(Séptimo Rey de Leon)
Por la ambición de su hermano.
—«Mire al amigo, le dice
Almenón al huésped caro,
Benabet el de Sevilla
Esta contesta me ha dado.»—
Y un árabe manuscrito,
De Alfonso puso en las manos,
«Salve, Almenón de Toledo,
Supuesto que habeis tomado
A empeño casar á Zaida,
Con el huésped castellano;
La bendicion del profeta
Los haga bien desposados.
Decidle que venir puede
Sin armas á mi palacio,
Que Zaida se lo suplica
Bajo mi fé descansando.
Y holgaréme en llamar hijo
A un guerrero tan bizarro.
Salve, Almenon de Toledo,
Guárdete Alá muchos años.»
Seis veces repasó Alfonso
Lo dicho, con entusiasmo;
Mientras su jóven amigo
Estaba atento mirando
Los arneses y pendones
Por las paredes colgados,
Que en Tarifa y Guadalete
Sus ascendientes ganaron.
—«¿Partís á Sevilla, Alfonso?»—
Dijo el moro, y escuchando
Esto el príncipe, así exclama:
—«¿Dejaréisme acompañarlo?»—
—«Alá vuestra marcha guie.»
Dice el Monarca, y entrambos
De allí salen presurosos
En busca de sus caballos.

. . . . . .
que bamboleando el jóven, sin sentido
soltó las riendas, del bridón cayendo,
y enredada la espuela en el estribo
quedó pendiente y arrastrado á un tiempo.

El hijo de Maldición: La Batalla.

Pero resuena un clarin,
Y un caballero cristiano
De negras armas cubierto,
Llega ante Alfonso, y alzando
La visera, una rodilla
Fija en tierra—«Levantaos
Dice el Leonés, ved si puedo
Servir á mi pátria en algo.»—
—«Sí, señor, en que su Alteza
Vuelva á regir sus vasallos,
Que en el cerco de Zamora
Perdió la vida Don Sancho;
Y los nobles os esperan,
Porque no debe el Estado
Estar sin Rey, cuando tiene
Tan ilustre soberano.
Dejad, Señor, esta córte,
Y en prueba del holocausto
Que la nobleza os tributa
Dadme á besar vuestra mano.»—
Dióle la diestra, y la otra
A ocultar subió, aunque en vano,
Dos lágrimas de dolor
Que por su rostro rodaron.
Para partir, ocho dias
Alfonso fija de plazo,
Porque quiere ver su amor
Primero que sus estados.
Y en verdad que anduvo cuerdo;
Porque ¿á quién no le es más grato,
Ver la frente de una vírgen,
Que las honras de un tirano?

4.º

Mientras se entrega Sevilla
Al regocijo y contento,
Porque Zaida se desposa
Con el régio nazareno:
Mientras ostentan sus galas
Los gallardos agarenos,
Unos en danzas, y otros
En las justas y torneos:
Y en fin, mientras la ciudad
Vista en la noche de lejos
Al resplandor de las luces,
Parece un lago de fuego:
Alfonso á Zaida pregunta
Quienes son los caballeros
Que le salvaron, la noche
Que sorprenderle quisieron.
—«Son unos cautivos, dice,
A quienes en otro tiempo,
Procuré la libertad:
Caballos y armas pidieron
Para tornar á su pátria,
Con tal de no verse expuestos
A los ultrajes que sufren
Los cristianos indefensos.
Felizmente, aquella noche
Para partir escojieron:
Yo que su marcha sabía,
Mandé un eunuco á su encuentro.
Aquel de la blanca alfana
Me dijo:—«Infanta, os prometo
Salvar de Alfonso la vida,
Aunque es enemigo nuestro
Por civiles discensiones;
Mas concededme primero,
Que os habeis de hacer cristiana
Si cumplo lo que os ofrezco.
Que os llamaréis Isabel,
Y el primer fruto de vuestro
Amor, si es varon sea Sancho,
Y si es hembra Elvira.»—«Bueno.»
«Salvadle, y tomad mi vida
Que daros juro á más de eso,
(Dije) volad, por la sangre
De Jesús, no perdais tiempo.»—
—«Bendito tal nombre sea,»—
Exclamó de gozo lleno,
Montó en su alfana, picóla,
Y los demás le siguieron.»
—«¿Mas cuál es, repuso Alfonso,
El nombre del caballero?»—
—«Durante un año y un dia,
Juré guardarle el secreto.»—
En esto difunde el alba
Su nítido y blanco velo,
Anunciando el quinto sol
Del plazo que Alfonso ha puesto.
Zaida con llanto de amores
Despide á su esposo régio.
Ya preparados relinchan
Los alazanes soberbios:
El príncipe está á caballo,
Baja Alfonso y monta presto,
Tristes dejan á Sevilla
Y dan la vuelta á Toledo.

REBATO DE GRANADA.

MORISCO.

Sembrado de hermosas plumas
Los purpurinos turbantes,
Y ornados de azules tocas
Y amarillos capellares,
Sin petos de limpio acero,
Ni damasquinos alfanjes,
Entrando van en la Alhambra
Los nobles Abencerrajes:
En las lides tan valientes
Como en las danzas galanes,
Y en el campo tan temibles
Como en el festin amables.
Cada cual lleva su mote
En una banda ondeante,
Colocada entre un emblema
Puesto en caractéres árabes.
Dos donceles que quizá
Por su bien llegaran tarde,
Vienen departiendo alegres
Y en sus dos divisas traen:
El uno entre un sol de oro
Un corazón de brillantes:
«Este, de Granada, y tuyo.»
Dicen las letras del márgen.
Una lanza tiene el otro
Con un brazo que le blande,
Y en dorados signos dice:
«Por mi pátria y por mi amante.»
Ya del régio alcázar moro
Estaban en los umbrales,
Cuando—«Por Alá, no entreis»
Exclamó saliendo un paje,
Ved que los fieros zegries
Dentro os esperan, ¡infames!
Llorad á vuestros amigos,
Esta que veis es su sangre.»
—«¡Su sangre ¿y llanto nos pides?
Hierro y fuego... zuz, ¡cobardes!
Abenzulema, á la lid...!»—
—«A las armas Abenzayde.»—
Una hora despues Granada
Estaba al mar semejante,
Cuando con montes de espumas
Las soberbias rocas bate.

EL ACREEDOR ADVERTIDO.

Há tiempo qué á nadie pago,
De muchos á quienes debo,
Y la razon es sencilla:
Por la falta de dinero.
Y aunque no sea yo el solo
Que de tal fiebre padezco,
Pues otros con más posibles
Están como San Lorenzo;
Sin embargo, no me toca
Hablar de asuntos ajenos,
Trataré pues de los míos;
Harto he dicho, y vaya el cuento:
Uno de mis acreedores,
Bastante agudo de ingenio,
Segun lo vereis despues
Por el cálculo que ha hecho,
Viendo que ya es imposible
Que un poeta tenga medio,
Me dijo—«PLACIDO, amigo (4)
¿Cuándo salimos de aquello?»—
Este «aquello» en sí no es nada,
Mas para mí que lo entiendo,
Se supone que equivale
A «¿cuándo me paga?»—«Luego
Que tenga modo, le dije»—
Y él me repuso muy sério:
—«Yo sé un modo que usted tiene
De pagarme en el momento:
Déme algunas poesías...
Que equivalgan...»—«Sí, por hecho,
Yo escaparé de este apuro
Y usted quedará contento.»

La cosa está de ley *brava*,
Mirad como anda el pandero,
Que ya donde no hay *conquibus*
Sirven de paga los versos.
Dios se lo pague, que ya
Tendré un acreedor de menos,
Y juro cumplir con todos
Si se conforman con ésto.

MI PRISIÓN.

Triste se muestra mi esposa
Des que supo mi prisión,
Y es justo que con verdades
La convenza de su error.
Suponeos que aquí moro
Libre de toda traición,
Y fiebres y tabardillos
Que causan de Julio el Sol.
Para guardar mi morada
Viene un oficial de honor,
Diez y ocho infantes, dos cabos,
Un sargento y un tambor.
Ya por mi oficio, un ochavo
No ganaba; pues señor,
Sin querer me han hecho bien
Trayéndome á tal mansión.
Aquí se aprenden mil cosas
Que el mismo diablo ignoró,
A sacar sin que se sienta
La cadena y el reloj.
A vivir sobre los pueblos
A atinar con precisión
Como un puñal, por la espalda
Llega recto al corazón.
Así mientras se averigua
Si soy inocente, ó nó,
Me ensayo para ser útil
A la pátria, que es primor,
Jamás negar me fué dado
A nadie que me pidió,
Y ya, daré un *no* á mi padre,
Más redondo que una O.
Soy feliz, pues por fortuna
No vienen en pelotón,
Tontos á pedirme versos,
Pedantes á dar lección.
Como Dios pintó á Perico,
Salgo de este taller yo,
Puro, flexible y quemando
Como el oro del crisol.
Mirad si tendrá mi esposa
Para alegrarse razón,
Cuando comprenda la ganga
Que al camino me salió.
A nuestra primera vista
¡Qué bullanga! ¡Qué abrazón....!
Vamos, á pedir de boca,
No fuera el viaje mejor.
Si su interés conociera,
Rogárale siempre á Dios,
Que de cada cuatro meses
Me tuviesen preso dos.
Y quedara convencida,
Como una y una son dos,
Que cual hay bienes malditos,
Hay males de bendición. (5)

OTROS TIEMPOS.

Si los hombres de otros tiempos
No eran como los de ahora,
¿Cómo es que los mismos vicios
Critican antiguas obras?
Cuando la edad, el ardor
De las pasiones minora,
Y con más reflexión damos
Su valor propio á las cosas,
Parece que le avergüenzan
Al hombre sus faltas propias,
Y entónces busca el recurso
De contradecirlas todas.
Así se vé que las viejas,
Si creemos las historias
Que de su tiempo nos cuentan,
Eran todas unas monjas:

Entonces no había maldades,
Ni muertes, ni hurtos, ni bromas,
Ni mujeres prostitutas,
Ni quien robara sus honras;
Pero si se habla de guapos
(Aserción contradictoria)
Cada uno ha sido un rey
Desiderio sobre Roma.
Cualquiera que los escuche
Dirá abriendo tanta boca;
¡Caramba! aquel era el siglo
De la paz y la concordia.
Mas ¿cómo los que escribían
En aquella edad dichosa,
Afirman que había ladrones
Asesinos y alquilonas?
Yo no gocé ciertamente
Esas épocas de gloria,
Pero á los que las defienden
Haré una pregunta sola:
Si los hombres de esos tiempos
No eran como los de ahora,
¿Cómo es que los mismos vicios
Critican antiguas obras?

MI CASA.

Quiero á los que me procuren,
(Que hartos son por mi desgracia)
Para evitarle molestias,
Dar las señas de mi casa.
No indico calle ninguna;
Pues cual marabú que vaga
Errante por el desierto
Con su tienda de campaña,
Suelo mudarme á ocasiones
Tres veces á la semana;
Y así tengo por más cuerdo
Bosquejarles mi morada.
Supuesto che ella es la misma
Do quier que PLACIDO vaya,
Pintando la que ahora vivo,
Están las demás pintadas.
Cuando veáis una puerta
Que jamás esté cerrada,
(Porque donde nada existe
¿Para qué llaves ni aldabas?)
Dirijid la vista al centro,
Encontrareis una cama,
Tres sillas, que fueron nuevas
En tiempo de Doña Urraca,
Una mesa tan ruinosa
Que solo tiene tres patas;
En un cordel, que es la percha,
Vereis dos piezas colgadas;
¡Es mi ropa de más lujo
Para los Córpus y Páscuas!
Son dos camisas ¡oh amigos!
Guardaos bien de tocarlas.
Juro que en el Escorial
No hay más puertas y ventanas,
Que claraboyas en ellas
Del hombro á la boca-manga.
No por eso presumais
Que estén por el cuerpo sanas,
Básteos saber que un poeta
Las desterró de su arca.
De pantalones, ni indicios,
Porque el uno está de guardia,
Y es centinela perpétuo
Mientras el otro se lava.
Vereis fijo en un rincón
Un perno de media vara,
Donde á guisa de despensa
Pende una pequeña jaba:
En ella está un peine roto,
Una escobilla pelada,
Y tres ó cuatro mendrugos
De pan, que parecen balas.
Sin duda que algun ratón
Los embistió; mas la chanza
Le costó dejar tres dientes
Y emprender la retirada.
¡No vió que el pan de un poeta,
El que de morderlo trata,
Debe tenerlo primero
Tres horas y media en agua!
Tengo por tintero un vaso
De la bodega inmediata,
Y el agua en una botella
Que con la vela se tapa.

No barro muy á menudo,
Porque una vecina anciana
Me presta su escoba vieja
Una vez al mes, y gracias.
Por eso, y porque me llena
La botella, no hay mañana
Que no me pida un soneto
Para saludar á Olalla,
A Rita, á Rosa, á Petrona,
A Celestina, á Mariana....
Pues, *un soneto chiquito*,
Que así á las décimas llama.
Amen de algunas colillas
De tabacos que me apaña,
Y cuando voy á la imprenta
Quiere siempre alguna estampa.
«¡Qué más estampa que tú!
Digo yo para mi capa,
Si eres la misma heregía
Que penas en cuerpo y alma.»
Varios duendes me visitan
Además de esta fantasma;
Unos que van á cobrarme
Sin ver que no tengo blanca,
Y otros que van á buscar
Sonetos por toneladas;
Nada me dan, y me piden,
Yo lo hago de buena gana;
Pero cuando llega el día
Que yo pido y no doy nada,
Ponen el grito en las nubes
Y olvidan *la vez de marras*.
Ahora tengo un penitente,
Que quiere le saque un drama,
Porque le mordió una oreja
Las otras noches su amada.
Direis que ya mi discurso
Del propósito se aparta,
Quiero que esteis al corriente
De mis salidas y entradas.
Y pues ya sabeis las señas
Que distinguen la mi casa,
Id allá cuando querais,
Pedidme lo que os dé gana;
Mas si yo os pido algun día
Porque pique la *carpanta*,
Y me salís con pretextos,
No vayais nunca á mi casa.

LA GUIRNALDA HURTADA.

Tomó el guajirito Claudio
De flores una guirnalda
Para llevarla á Florencia
A quien tiernamente amaba;
Y en señal de sufrimiento,
Y en prueba de su esperanza,
Solo de amarillas moyas
Y de verdes albahacas
Quísola tejer; mas plugo
A su enemiga desgracia,
Que no saliera aquel día
La jóven, tan de mañana
Cual ella solía salir
A gozar de la fragancia
Que los céfiros risueños
Esparcen á la alborada,
Y más que todo, por ver
A Claudio que la aguardaba,
Solo por decirla «adios»
Y volverse á su labranza.
Así el amante guajiro,
En tanto que su amor tarda,
Dejó la guirnalda puesta
Al pié de una verde mata,
Y fuese á ver sus novillos
Que alegres triscan y saltan.
Pasaron en esto algunos
Vegueros que iban de caza,
Y tan presto como vieron
La presa, cayó en sus garras.
Pusiéronlas al sombrero
Y con bulla y algazara.
Entráronse por la villa;
Lo que viendo las muchachas,
Preguntáronles, de dónde
Aquellas flores sacaban,
Y ellos dijeron que eran
De sus jardines y casa,
Donde cuidaban macetas
Por lucir y regalarlas.
Miráronse unas á otras,
Y luego con risa falsa

Exclamaron de esta suerte:
—«¿Dónde están vuestras estancias?
Nunca vimos estas flores
Tan fragantes y lozanas,
Ni sabemos qué macetas
Son las que mentais con tanta
Vanidad; mas bien creemos
Serán de algun camarada,
A quien las habeis hurtado,
O pedido por confianza.»—
Colérico Claudio llega
Gritando—Soltad, canallas,
Esas flores que tenía
Para coronar mi amada.—
Ellos confiesan el robo
Y ellas con silbos los marchan.
Del propio modo los tristes
Poetas que andan á caza
De los conceptos ajenos,
Tomen lección de esta falta;
Porque cuando más presuman
Que sus talentos alaban,
Pueden encontrar alguno
Que le dén con ello en cara,
Como pasó á los vegueros
Del hurto de la guirnalda.

AMOR CURADO.

En la elevada cima
De la fértil Managua
Estaba Anselmo jóven,
Mirando así á la estancia
Donde habitaba Antonia,
Bellísima zagala
De quien un tiempo fuera
Anselmo la esperanza
El placer y el consuelo;
Mas hoy Antonia ingrata
Con recelos simulados,
Con desden y con falsas
Suposiciones, busca
Alguna leve causa
Para dejarle solo
Porque ya no le ama.
Allí sentado el triste
Sobre una peña, canta
Con su rústico tiple
La siguiente sonata:
—«Querida Antonia mia,
Término de mis ansias,
Origen de mis penas,
Móvil de mis desgracias;
¿En qué te ofendió Anselmo
Para que tan tirana
Me dés así la muerte?
Si acaso no me amabas
¿Porqué cuando era menos
La mi amorosa llama
Soplaste? ¿Porqué entónces
No escondiste esa cara
De purpurada rosa
Y esa frente agraciada
Más blanca y más luciente
Que el centro de la nácar?
¿Porque entonces tus ojos
No cerraste á la clara
Luz de amor, que en mi pecho
Depositada estaba,
Sino que con los rayos
De tu luz soberana
Más y más encendiste
Su volcánica llama?
En fin, ya no me quieres.....
Claro es que tu inconstancia
Olvidó los cariños
Que aun la memoria guarda.
Olvidó aquellas noches
Que al sereno me estaba
Sin pestañar un punto,
Hasta que las pintadas
Y simples avecillas
Saludasen al Alba,
Que tambien con mi tiple
Rico entonces de gracia
Porque estaba en la tuya,
Mi amor te saludaba;
Y escojiendo entre flores
Aquellas delicadas,
Coronaba con ellas
Tus sienes... pero calla
Calla lengua confusa,
Deja, deja pasadas

Memorias que no sirven
Sino de llanto y rabia,
Y sentimiento, y pena
Para abatir el alma
Y tu oprimido pecho,
Llora, llora, derrama
La amargura que tienes
Dentro depositada,
Y salga en llanto envuelta
Por la vereda incauta
De los ojos que fueron
Los móviles de tantas
Desventuras, tormentos
Y desdichas infaustas.
Engañados del ciego
Capricho de esperanza;
Que si así consiguieras
Olvidar esa ingrata,
Tranquilo quedarías
Y sin zozobra el alma....»—
Así cantaba Anselmo
Cuando dió la campana
El golpe de las ocho,
Y luego al punto salta.
Y dice—«Esta es la hora
Que yo solía hablarla,
Pero ya no es posible,
Ya no es la Antonia amada
Sino la aborrecida,
Ya no es posible amarla
Ni quiero sus memorias,
Que hay otras mil zagalas
Más dignas de mi esmero.»—
Diciendo estas palabras
Rompió en la peña el tiple,
Bajó la cuesta ingrata,
Y con sereno paso
Se encaminó á su casa
Como quien soñó muchos
Pesares y desgracias,
Y despierta gozoso
De no padecer nada.

Á D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Al ejemplo de *Dorila*,
Florinda, *Isolina*, *Isaura*,
He de cantar á Martino
En tanto que brilla el Alba.
Escuchadme, ninfas bellas,
Lustre y honor de la Habana;
Prestadme atención ¡oh vates!
Gloria de mi dulce pátria.
¿Veis el aquilón cuán bravo
Los campos fértiles tala,
Y los gigantescos pinos
De sus cimientos arranca?
¿Cómo la robusta seiba
Sin temer su furia airada,
Con serena faz le mira
Y espera con firme planta,
Hasta que aclarado el cielo,
Sosegada la borrasca,
Torna á revestir de hojas
Sus tristes desnudas ramas;
Y aclamándole las aves
Como rey de la campaña,
Forman en ella sus nidos
Y trinan canciones gratas?
Así de Martino, un tiempo,
Noble revistiera el alma
Fiero aquilón de infortunios,
Desterrado de su pátria,
Y cuando en el Cielo hispano
Lució el nuncio de bonanza,
Subió al eminente puesto
Que su genio conquistara.
¡Viva Martino! el Genil
Que miró su oriente, canta;
Y al eco mueven sus flores
Los jardines de la Alhambra,
¡Viva Martino! dijeron
Del Turia y Tajo las aguas.
¡Viva! dijo el Manzanares.
¡Viva! contestó el Guadiana,
Duero, Ebro, Guadalquivir
Y Miño ¡qué viva! exclaman.
Los hijos del Almendares
Oyendo voces tan gratas
¡Viva Martino! repiten
Al son de bélicas arpas,
Y con fúlgida aureola
De adornar su frente tratan,